

# OCULTO EN LA MEMORIA

*Domingo Terroba*

 Círculo Rojo  
EDITORIAL

**Hasta que lo  
inconsciente no se haga  
consciente, el  
subconsciente seguirá  
dirigiendo tu vida  
y tú le llamas destino.**

**Carl Gustav Jung.**

E stoy en mi baño, frente al espejo. Miro mi cara con una mezcla de dolor, impotencia y arrepentimiento. El corazón roto, la mente atestada de... ideas. Hace ya un buen rato que llegamos a casa. El día ha sido duro, amargo. Durante la tarde hubo momentos en los que me sentí hecha polvo, sobre todo al salir de la consulta del Doctor McCallum, cuando Angus y yo echamos a caminar, callados, en dirección a casa, cada uno con sus fantasmas pegados a la frente en un enjambre de oscuros pensamientos. Han pasado las horas y me siento más calmada. Incluso tranquila, diría, con el corazón sostenido en una calma que no procede. Una quietud absurda y extraña que me enoja y me enrabia. Pero no muestro agravio. Ni siquiera una punzada del dolor de antes, sino abandono. Frialdad. Dejaded. Desconfianza. Sí. Desconfianza.

Angus ha estado pendiente de mí en todo momento. Tanto en la consulta del doctor McCallum como una vez fuera, le he observado frustración y dolor en la mirada, desolación en el gesto. De vuelta a casa se paralizó brevemente y me miró con detenimiento a los ojos. Iba a decirme algo. Noté que le temblaba la nuez, que no le salían las palabras. Después de tragar el nudo de su garganta me preguntó si me apetecía comer algo. Centré mi atención en las señales que me enviaba su cuerpo, en el sonido tibio y endeble de su voz, en sus ojos tristes y alicaídos, en la torpeza de sus movimientos. Angus repitió lo que yo acababa de oír perfectamente. Me refugié en la falta de apetito y también de ganas. El insistió y yo... yo acabé cediendo. Cedí una vez más. Cedí como tantas otras veces. La pizzería de al lado de casa nos pareció una opción cómoda, no en vano nos ha sacado de muchos apuros durante el tiempo que llevamos viviendo en este barrio. Durante la cena Angus improvisó diálogos en el intento de distraerme, soltando cualquier cosa que se le venía a la cabeza lejos de intuir que yo prefería el silencio. Sonaba forzado, con mi lengua atrapada detrás de una hilera de dientes agarrados unos a otros con desesperación.

Cuando Angus cogió los cubiertos observé sus dedos largos y huesudos, las manos salpicadas de un cableado azul verdoso que su piel blanquecina dejaba al descubierto. Por unos instantes me pregunté quién era. Quién era ese hombre que me miraba a hurtadillas para que yo no viera lo que había detrás de sus ojos. Por qué ese afán de protegerme. Por qué mostraba tanta aflicción por lo que me estaba ocurriendo, ese empeño en aparentar dolor cuando sus sentimientos hacia mí ya hacía tiempo que habían muerto. Por qué, a fin de cuentas, seguía siendo mi marido... Pero, qué diablos; ¿no es eso lo que se supone que debe hacer un marido en circunstancias como estas?

Continuamos comiendo. ¿Comiendo he dicho? Mi plato seguía lleno de trozos de hojas verdes que yo esparcía con el tenedor de un lado a otro, abstraída, como si se tratara de un simple juego. Dejé el tomate a rodajas en el centro y la cebolla sobre los bordes, para que no se rozaran unos con otros. Pinché un diminuto trocito de queso que apunté tímidamente a mis labios. Angus me lanzaba miradas oblicuas de vez en cuando. Al reparar que yo lo observaba bajó la vista al plato rápido y continuó espolvoreando los raviolis con el bote de queso en una lucha lenta y resignada. Apartó unos pocos a un lado para luego acabar con el resto. Era una de sus costumbres, un rito que llevaba siempre a cabo en la mesa, una especie de prueba de que el espolvoreador funciona o yo qué sé.

Durante los minutos siguientes permanecemos callados. Angus volvió a mirarme tímido cuando yo le estaba observando y esbozó una sonrisa plana. Cambió de postura algo inquieto y alzó la vista por encima del comedor como si pretendiera ganar tiempo. No tardó en volver a mí. Yo le estaba esperando. Me preguntó si estaba bien. “¡Ridículo!”, pensé. Asentí al tiempo que bajé la vista al plato. Una repentina lágrima se escapó de mis ojos avisándome de que había otras impacientes por derramarse. Me restregué la mano por la cara en el intento de ocultarla.

Justo en ese instante irrumpió el camarero, que al ver los platos casi llenos y ligeramente desplazados a un lado de la mesa preguntó si nos había gustado la cena. Angus contestó amable que apenas teníamos hambre. Aproveché el momento para beber un trago de agua y noté que los labios se me pegaban al vaso. El camarero retiró los platos de la mesa y los apiló sobre su antebrazo con habilidad y destreza. Luego giró a un lado y desapareció veloz serpenteando obstáculos, justo al tiempo en que Angus y yo tropezamos de nuevo con la mirada. Sonreí, a falta de otra cosa. Angus hizo lo mismo mientras alargaba el brazo para tocarme la mano. Le aparté la mirada.

Ahora... ahora que me observo fija en el espejo de casa con una curiosidad estúpida, como si jamás me hubiera visto antes, voy recordando uno a uno cada detalle, cada secuencia, cada palabra que Angus y yo cruzamos apenas hace unas horas. No sé por qué lo hago, ni qué saco con esto. Solo sé que esa extraña quietud de antes no se me despegó del cuerpo y los sentimientos continúan aletargados. Me pregunto de dónde procede este irritante sosiego, esta entereza que no comparto, la ridícula postura sumisa y resignada que no comprendo. Debería estar pegando gritos, arrancándome manojos de pelo, corriendo como una posesa en busca de ayuda antes de que se me agote el tiempo. Y sin embargo sigo aquí, quieta, indecisa frente al espejo.

Me detengo a observarme desde muy cerca, como no recuerdo haberlo hecho antes, con una lucidez impropia de una mente rota. Tal vez busque retener mis propios rasgos en la memoria, los rasgos de este preciso instante, o quizás busque en ellos el testimonio de otra época, más feliz y despreocupada. Me llevo las manos a la cara y me palpo las mejillas a tientas, con miedo. Las noto frías, duras y ásperas. Bajo mínimamente los ojos y tropiezo con dos trozos de piel fina y agrietada que se despegan con desgana para dejar escapar un hilo de aire. De repente, un ruido hace que vuelva mis ojos hacia la ventanita translúcida entornada que da a un patio interior justo encima del váter. Enfoco toda mi atención en el hueco, en ese claroscuro siniestro. Un manto negro cuelga por fuera de los cristales grisáceos. Se me eriza el vello.

Apenas me he dado cuenta y ya se ha hecho de noche, noche cerrada.

Salgo del baño deprisa y un sonido ahogado me cruza los oídos con un incesante bombo. Me acerco a mi cama y me siento justo al borde, con las piernas juntas. La planta de los pies pegada al suelo. El ruido procede del salón. Angus debe estar echado en el sofá fingiendo ver la tele. No creo que tenga ánimo para distraerse con nada. ¡Dios! ¡Me duele tanto hacerle pasar por esto! Me siento tan culpable... Probablemente se haya quedado dormido con el televisor encendido. ¡Pobre! Estará agotado. Demasiados contratiempos.

Me levanto y echo unos pasos hacia mi mesita escritorio justo delante de un ventanal escondido tras unas cortinas de tela gruesa, opacas, con dibujos en relieve. Retiro la silla y me siento.

Noto que mi cuerpo aún húmedo tras la ducha se adhiere al albornoz de paño y me repele. Es una sensación asquerosa, pero lo sigo usando. Continúo calmada, extrañamente calmada.

Miro instintiva a un lado y mis ojos se dirigen casualmente hacia las fotos. Aparto la vista; no quiero verlas. Pero me atraen como un imán y enseguida vuelvo a ellas. Fotografías de Angus y yo que reposan sobre las anchas baldas de una repisa con libros, unas velas de olor, y algunas figuritas de porcelana. Fotos en las que se nos ve enamorados, felices. Giro la cabeza en un movimiento brusco a un lado, cruzo las manos y entrelazo los dedos. Me clavo los nudillos. Dejo pasar unos instantes. Respiro hondo, me levanto y me acerco a las baldas forzando los pasos. Me detengo frente a ellas, rígida, desafiante. Cuando intento coger una de las fotos mi mente lo impide de golpe. Me retiro con una decisión falsa, demasiado ostentosa, y vuelvo al escritorio, a sentarme de nuevo, buscando un relax que no encuentro.

Me vuelvo hacia el último cajón a mi derecha y lo abro impulsiva. Miro por encima y remuevo algunas cosas. No está, qué extraño. Levanto carpetas, papeles sueltos, arrastro bolígrafos, un móvil viejo, grapas de colores... Pero no aparece. Juraría que lo estuve ojeando por la mañana. Sigo removiendo trastos y no hay manera de encontrarlo. ¡Es igual! ¡Qué importa! Lo habré puesto en alguna otra parte. Pero... pero debo encontrarlo. ¡Oh, Dios! ¡¿Dónde está?! Empiezo a angustiarme. Abro el cajón de en medio y agito cosas. Algunas caen al suelo. De repente veo asomar un borde de pasta dura bajo una carpeta amarilla donde guardo bocetos de pintura y algunas fotos sueltas. La levanto angustiada y me hago finalmente con el bloc. Respiro hondo, aliviada. Dejo pasar unos minutos hasta sentirme con fuerzas. Luego, intento escribir algo. Apoyo los codos en la mesa y encorvo la espalda. Un manojito de pelo mojado se me viene a la cara. Lo aparto con la mano y lo escondo tras la oreja. Vuelvo a hacerlo. Lo repito de nuevo, una vez más. Enderezo la espalda y lanzo el boli sobre la libreta. Miro instintiva a un lado, pero la cabeza me rueda, pierdo la consciencia, mi mente da un salto... Mis ojos caen de golpe sobre otro escenario.

Me veo paseando, cogida de la mano de Angus en un día gris y desapacible de otoño. Hace frío pero no llueve. Tras haber tomado un café echamos a andar por un laberinto de calles estrechas y empedradas. Él se detiene de pronto y me mira. Sus ojos reflejan un brillo intenso. “Cásate conmigo”, me pide. Al pronto, no digo nada. Mi garganta se cierra y bloquea cualquier intento de murmullo. Me quedo mirándolo como una tonta, sin soltar palabra, hasta que finalmente un grito de alegría se dispara de mi boca parecido a una bala.

—¡Claro que sí! —contesto dando saltos—. ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —Me agarro a su cuello y lo aprieto fuerte—. ¡No hay otra cosa que desee más! —le confieso entusiasmada.

La voz de Angus llega desde el salón como un azote. Impacta en las imágenes, las rompe.

—¡Cariño! ¿Estás bien?

—Sí, sí —me apresuro a decir titubeante—. Acabo de darme una ducha. No tardo.

Cierro el bloc y lo devuelvo al cajón sin haber dejado rastro de tinta entre sus páginas. ¿Acaso quería escribir algo? De inmediato lo saco y vuelvo a meterlo en el cajón. Otra vez. Una vez más. Respiro hondo. La calma de antes hace tiempo que dio paso a una repentina ansiedad que se va instalando sobre la boca de mi estómago. Vuelvo a la respiración. Suelto el aire con lentitud. Me duele el pecho.

Justo en ese instante me asaltan nuevos recuerdos.

Estoy embarazada. Se lo anuncio a Angus conteniendo emociones. Él se queda atónito, tan sorprendido como turbado. Veo sus ojos que se hacen cada vez más grandes. Más redondos.

—¡Es verdad! —insisto ante el atisbo de duda en su gesto—. ¡No te miento cariño! ¡Al fin seremos padres!

Angus me atrae a su pecho y me abraza con fuerza. Impide que respire. Al retirarme advierto su mirada chispeante, la emoción en su cara. Los ojos como iluminados por halógenos. Traga saliva y luego farfulla:

—Es... ¿Estás segura? —me pregunta dudando aún.

—¡Claro que sí! —respondo dichosa—. ¡Te quiero tanto!

Me pego de nuevo a su cuerpo. Angus vuelve a aplastarme con sus brazos.

—¡Oh Margaret! —exclama tomándose la cara entre sus manos—. Casi... ¡me cuesta creerlo!

Acerca su boca a la mía y me besa. Le beso profunda y arrebatada. Siento el contacto de sus labios, de su lengua, el sabor de su saliva mezclada con la mía. Al cabo de unos instantes lo miro y veo entonces que sus ojos tiemblan. Los míos se llenan también de lágrimas.

—Y... ¿cómo vamos a llamarle? —me pregunta con la ingenuidad de un chiquillo.

—¡Oh, cariño! ¡No seas tonto! Solo estoy de tres meses. Ya habrá tiempo de pensar en eso cuando sepamos lo que va a ser.

Angus retiene mi cara entre sus manos, como repasando mis rasgos con su mirada. Noto calor y entrega. Una entrega total.

Vuelve a besarme, esta vez con más ternura que pasión.

—Te quiero —me repite—. No sabes cuánto te quiero.

Un cosquilleo por la cara me avisa. Chasqueo los ojos y me doy cuenta de que estoy llorando. Alargo la mano y me hago con un clínex que saco de un paquetito de plástico que hay a un lado del escritorio, a pie de lámpara. Retiro las lágrimas de la cara y luego me sueno. Respiro entrecortadamente. Me doy cuenta de lo felices que hemos sido y... Y es justo ahora cuando comprendo más que nunca todo cuanto le debo a Angus, mi marido, el hombre del que estoy enamorada y al que todavía quiero. Sé que la decisión que he tomado es la correcta, me digo. Angus necesita un descanso. Un largo descanso. Se lo debo. Pido a Dios que no me olvide durante el tiempo que tengamos que permanecer separados. Una punzada se instala en mi pecho. Me llevo una mano a él y aprieto con fuerza. Espero unos instantes; no quiero que cuando baje al salón Angus me vea los ojos rojos.

Me levanto y noto flaqueza en las piernas. Echo unos pasos hacia la repisa y de entre las fotos reparo en una en la que aparezco sentada sobre su regazo. Él me tiene cogida por los hombros, con mis piernas alzadas. Sonreímos haciendo muecas a la cámara, payasadas. Recuerdo que le pedimos a un chico que paseaba a su perro que nos la hiciera. Alargo la mano y me hago con ella, sin que esta vez mi mente me lo impida. Me la acerco y paso mis dedos suavemente sobre el cristal gélido. Un golpe de emociones da paso a nuevos recuerdos.

—Tranquila. Tranquila. No pasa nada. Todo está bien —me dice Angus inyectándome calma tras abrir de golpe la puerta del baño. Yo estoy tirada en el suelo, aterrorizada.

—Estoy contigo, amor mío. Ya ha pasado. Nadie va a hacerte daño —me susurra a media voz. Intenta alzarme entre sus brazos. Yo no tengo fuerzas para nada y la cabeza me rueda...

A la mañana siguiente despierto cansada. Probablemente aún bajo los efectos de los tranquilizantes. Miro a un lado y me doy cuenta de que Angus no está en la cama. Escucho ruido de platos que me llega de la cocina mezclado con delicioso olor a café recién hecho.

Salto de la cama, me calzo las zapatillas y me anudo la bata. Un repentino mareo me detiene. Me inclino, sentada sobre el borde de la cama, y apoyo la mano en la mesita de noche. Punzadas afiladas me atraviesan las sienes y la cabeza me da vueltas.

Dejo pasar unos minutos, hasta que me siento con fuerzas y bajo. Nada más verme, Angus se acerca y me besa.

—Buenos días, cariño —me dice con su habitual sonrisa. Echo una ojeada por encima de su hombro y veo sobre la mesa tostadas, mantequilla, huevos revueltos y mermelada—. ¿Has dormido bien?

Quiero decirle que sí, pero sería ridículo cuando camino arrastrando mi cuerpo.

—Me siento cansada.

—Quizás se deba a las pastillas —contesta con naturalidad—. Una buena taza de café te vendrá bien. Retiro la silla con lentitud y me siento.

—¿Qué día es hoy? —pregunto aturdida.

—Martes —responde Angus. Toma asiento, me sirve café y me acerca el plato con las tostadas—. Lo sé, lo sé —exclama antes de que yo diga nada—. He llamado a la oficina para decirles que llegaré un poco más tarde. —A continuación, aguarda unos instantes que me parecen eternos y su semblante se torna serio—.

Después de lo de anoche no me he atrevido a dejarte sola.

—Anoche... —susurro intentando hacer memoria.

—Te encerraste de nuevo en el baño —dice. Y suena como si fuera algo que yo hiciera con frecuencia—. Gritabas aterrorizada —continúa, mientras unta pedazos de mantequilla dura sobre una tostada con los bordes ennegrecidos—. Esta vez me costó más trabajo sacarte. Tu cuerpo trababa la puerta por dentro.

No puedo recordar nada, por más que lo intente. Algo pesado me tira de los párpados e impide incluso que mueva con soltura los ojos.

—Pero ahora no le des más vueltas, cariño —añade preocupado por mi desconcierto—. Intenta comer algo. ¡A propósito! —improvisa con entusiasmo—; hace un día estupendo. Creo que te vendría bien salir a dar un paseo.

Me llevo la taza de café a la boca y bebo unos sorbos.

—Lo siento, Angus.

—No seas tonta, Margaret —me dice alargando su mano y apretando la mía con calidez—. Solo fue otra de esas pesadillas.

No te tortures.

Suena sincero, pero sé que lo dice solo para tranquilizarme.

—Te prometo que voy a ponerme bien —le digo sin convicción, solo porque me siento culpable.

Angus inclina su cuerpo levemente sobre la mesa. Me acerca su cara y me besa.

—Lo sé. No tengo la menor duda.

Me quedo mirándolo. Sé con absoluta certeza que un día se alejará de mí para siempre.

Bebo más café. Unto un poco de mantequilla sobre la tostada y luego sigo con la mermelada. No me apetece comer, solo lo hago por complacerlo. Al pronto se me viene a la cabeza que hoy toca terapia. Entonces le pregunto si vendrá a recogerme.

—Claro que sí, cariño. Allí estaré, como de costumbre.

El ruido del teléfono me sobresalta. Chasqueo los ojos al tiempo que desaparece todo rastro de imágenes de mi cabeza. Estoy en mi dormitorio, me digo aturdida. Tan cerca del pasado como del presente. Dejo la foto donde estaba y me apresuro a coger el teléfono sobre la

mesita de noche. Escucho a través de la línea que Angus se adelanta, así que vuelvo a dejar el teléfono sobre su góndola. Rodeo la cama y salgo del dormitorio camino del salón. A medida que cruzo el pasillo oigo que Angus encoge la voz. Habla bajo. Me detengo y procuro no hacer ruido, para escuchar con atención.

—No, no. Está arriba, en el dormitorio... A momentos sí, pero hay otros en los que se olvida por completo... No... No es buena idea, Kirsty. Creo que deberías evitarlo.

Se produce una pausa algo más larga en la que supongo que la interlocutora está hablando. Luego escucho de nuevo a Angus: —Hoy sí. Ha estado todo el día muy lúcida. Incluso me ha sorprendido la cordura con la que le hablaba al doctor McCallum. Parecía como si no estuvie... Claro, claro... Sí... Sin duda... Lo más seguro es que la ingresen mañana a primera hora... No, Kirsty. ¡Ni lo intentes!

¡Oh, Dios!, maldigo. Retrocedo unos pasos y me llevo las manos a la cara.

—Pase lo que pase estaré a su lado... ¡Por Dios, Kirsty, deja de insistir! ¡Sabes que no voy a dejarte!

Un seísmo me sacude por dentro. Retrocedo a pasos cortos hasta topar con la pared. Me tapo la boca, ahogo un grito, asfixio el llanto. “Kirsty, no voy a dejarte”, me escupe mi mente y me apuñala los sesos, como una trituradora.

—¡Miserable! —gimo, tragando nudos de saliva condensada—. ¡Dios! ¡Dios!

Aprieto los dientes camino del baño y me encierro. Apoyo la espalda sobre la puerta y dejo que la tensión estalle en un aguacero, en mi refugio. El peso de mi cuerpo me dobla las piernas. Me dejo caer desconsolada, con la cara empapada en mis propias lágrimas. Y me doy cuenta de que no estaba loca, de que no lo estoy y nunca lo he estado.

Un dolor punzante me agrieta el pecho y el estómago me da un vuelco. Me llevo las manos a la boca y meto los dedos, hasta tocarme las amígdalas. Me dan arcadas, pero necesito sacar aquello de dentro, purgarme. Enderezo las piernas como puedo y me acerco al lavabo. Inclino la cabeza y vomito un líquido blanquecino y pastoso. Cuando ya he acabado, abro el grifo y dejo correr el agua para enjuagarme la cara. Al alzar la cabeza me siento más calmada, como si una parte de mí se desplazara a un lado para dar paso a otra que se va posicionando firme en algún lugar de mi cuerpo. Dejo que esa sórdida templanza me vaya acogiendo gradualmente y me digo que no eran alucinaciones ni brotes psicóticos, que todo lo que he pasado no ha sido producto de mi mente enferma. Oigo mis propias palabras a través del dolor, la impotencia y la rabia. Ese maldito hijo de puta me estaba engañando. Incluso llegó a convencer al doctor McCallum de mi ingreso. Entrelazo las manos. Aprieto con ganas y me clavo las uñas entre los dedos.

Y pensar que solo lo he hecho por ti... Solo porque te quiero...

Algo se mueve a mi espalda. El aire se ha vuelto de repente compacto, frío, gélido. Mi cuerpo se va enderezando sin apenas dolor ni esfuerzo. Alguien merodea alrededor; puedo sentirlo, olerlo. Su presencia roza mis hombros y me eriza el vello. Alzo los ojos miedosa y los sitúo justo a la altura del espejo.

—Mi pequeña. Mi niña... —me dice pausada—. Te lo advertí, pero tú nunca me hiciste caso.

El pelo enmarañado le cuelga sobre los hombros. Su delgadez extrema se transparenta tras el camisón blanco. Tiene la tez pálida y la mirada helada.

—Ahora sabes que no te miento. Los hombres son malos —afirma con un atisbo de recelo. Alza sus manos al vacío desde dentro del espejo, con la intención de tocarme. Retrocedo unos pasos. Tiemblo.

—No lo dudes, mi pequeña. Tienes que hacerlo.



Un enjambre de zumbidos huecos y sordos me punza los oídos hasta que intento abrir los ojos sin conseguirlo, como si no pudiera despegar los párpados. Siento entumecidas las articulaciones de mi cuerpo. A medida que tomo conciencia y me despierto, el ruido se va haciendo más vivo e intenso. Intento mover una mano. Despego lentamente los ojos y advierto una nube blanquecina que cuelga en el aire. Muevo una pierna y tacto humedad en el suelo de baldosas. Alguien empuja y golpea con fuerza la puerta desde el otro lado, que agita mi cuerpo con cada sacudida. Me invade una oleada de miedo. Extiendo la mano y palpo a tientas el suelo mojado. Intento mantener los ojos abiertos. Echo la vista al frente y escruto con dificultad la ducha, el borde brillante y cerúleo de la bañera, la cortina de plástico. Manchas rojas se expanden a la par que se diluyen en pequeños charcos. ¡Dios! ¡Es sangre! La puerta se abre de golpe. Mi cuerpo se desplaza unos centímetros ante el impacto. Hago esfuerzos por levantarme pero mis piernas no responden, resbalan sobre el líquido viscoso que recubre las baldosas. Cuando me doy la vuelta y caigo de bruces al suelo, unos brazos me agarran por detrás y me aprietan. Forcejeo desesperada, pero no consigo liberarme; me tienen presa. Mis ojos apuntan al suelo y mi mente hacia Angus. Mi garganta deja escapar un grito desagarrado que impacta en el aire con la fuerza de un estruendo.

El nombre de Angus se diluye en la neblina como hilos de humo rotos.